

*Si hubiese un deporte que la mujer no debiera practicar  
es, justamente, el fútbol.*

LO SPORT FASCISTA,  
diciembre 1931

*Dicen que los jugadores de la Roma o de la Juventus  
son a los que mejor se les trata (económicamente)  
de la sociedad: quien viste una camiseta amarilla y roja  
o una blanca y negra ya ha logrado una "posición".*

*Y comprendes que, teniendo dinero, siempre verás a estos chicos  
bien vestidos y despreocupados por las calles.*

*Cuando un jugador corteja a una chica, la madre le dice a la hija:  
«Tonta, dile que sí: ¿no ves que es un jugador de la Roma?».*

*Y esta accede.*

IL LITTORIALE,  
verano 1932

*Adelante, Pedro, con juicio.*  
ALESSANDRO MANZONI,  
*I promessi sposi, capítulo XIII*



Rosetta siempre se levantaba muy temprano. Llegaba un momento por la mañana en que empezaba a oírla moverse entre las sábanas, resoplar en la penumbra, girarse de un lado a otro intentando dormirse de nuevo. Después comenzaba a buscar el reloj, que a menudo no sabía dónde estaba, y se ponía a mover libros y objetos que tenía en la mesilla de noche. Era como si, de un momento a otro, a mi hermana le hubiesen picado la impaciencia y las ganas de empezar el día. Así, cuando al final me levantaba yo también, solo veía su cama deshecha y su camisión tirado sobre una silla.

Aquella mañana también ocurrió así: me desperté sobre las ocho y cuando llegué a la otra habitación ella ya estaba allí, dispuesta a beberse el café frente a los fogones, vestida, con *La Domenica del Corriere* entre las manos y con los pies estirados sobre una silla.

Mamá estaba recogiendo la ropa que había tendido la noche anterior, asomándose un poco por el alféizar. Hacía varios montoncitos de ropa sobre la mesa que luego guardaría en cajones y armarios. Bragas, camisetas y calcetines. Las cosas para planchar, sin embargo, acababan en la gran cesta de mimbre que guardábamos cerca de la estufa.

—Buenos días, mamá.

Ella se volvió y sonrió.

—¿Has dormido bien? —Tenía sesenta años, pero aquella mañana pensé que esa piel blanca y arrugada alrededor de los ojos parecía la de una mujer de setenta años. Nos tuvo tarde y a veces me preguntaba cómo hubiera sido tener una madre joven.

—Buenos días, hermanita —dijo Rosetta con sus maneras despreocupadas, levantando la vista de la revista—. El café está listo, si quieres, y todavía caliente; nosotras ya nos lo hemos tomado.

Después se levantó:

—Venga, date prisa.

Me acobgí de hombros y solté un bufido. Me acababa de sentar y ya estábamos como siempre.

—Siempre con el «venga». ¡Deja al menos que me tome el café!

—Está a punto de llegar Strigaro. Venga levanta, muévete.

Mamá se volvió para mirarnos.

—¿Qué hacéis?

—Vamos a los jardines —dijo Rosetta—. Y después, quizás, a la piscina. ¿Qué dices, Marta? Una compañera me ha dicho que la nueva de via Ponzio es realmente tremenda.

Mamá sonrió de nuevo:

—Si veis a vuestra hermana, decidle que mañana puedo llevar yo a los niños a cortarse el pelo, ¿de acuerdo? ¿A qué hora volvéis esta tarde?

—No llegaremos tarde —prometí.

Entonces empecé a recoger la mesa, a lavar las tazas y los vasos, y justo en ese momento oímos unos golpecitos en el cristal. Fui a ver y allí estaba Strigaro, de pie, con la barbilla

bien alta. El sol de agosto ya daba en el patio y ella se había arremangado la camisa de lino hasta el codo.

—¿Bajáis? —me gritó. Se había hecho trenzas y sostenía la bici por el manillar.

—Eh... un momento, todavía me tengo que vestir.

—Pero si son las nueve menos diez.

—Exacto. ¿No habíamos quedado a las nueve?

Volví a la habitación mientras Rosetta me esperaba en la puerta. Me quité el camisón, eché agua en la palangana y me lavé con prisas. Después me sequé con un paño, me puse el sujetador y me quedé un segundo delante del espejo. Parecía mayor de mis veintiún años y Rosetta, que tenía solo dieciséis, a veces parecía una niña. Pero me gustaba tal y como era, y me sentaba realmente bien ese flequillo corto.

Strigaro nos esperaba sentada en un escalón del edificio de en frente.

—A buenas horas —dijo subiéndose al sillín y ajustándose la falda para que no acabara enredada en las ruedas. Rosetta se encogió de hombros.

—Díselo a mi hermana. Yo estaba lista desde hacía rato. Además, ¿qué prisa tienes? Hoy es domingo.

—Por eso mismo, porque es domingo. Yo trabajo, ¿eh? No como tú, que te pasas los días estudiando.

—Sí, Strigaro y yo trabajamos —añadí.

—Pero el trabajo de Strigaro no es nada agotador —se burló Rosetta—. Solo tiene que soportar a Cardosi y venderle vino a quien vaya a la tienda. Y tú también, hermanita, sentada todo el día en una silla cosiendo. No me dirás que ser costurera es un trabajo agotador.

Strigaro se volvió hacia mí:

—Pero ¿cómo la soportas?

Nos pusimos en fila a lo largo de la avenida, que ya estaba llena de familias de paseo, ancianos sentados en las mesas al aire libre, niños en pantalones cortos que jugaban con los yoyós y chiquillos descamisados dando patadas a un balón. Y en ese momento, en mitad del vaivén que colmaba las calles como todos los domingos, mi hermana, como si nada, soltó el manillar. Extendió los brazos, se equilibró sobre la silla y empezó a pedalear así, sin manos.

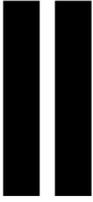
Lo hacía muy a menudo.

—¡Rosetta! —le dije, sin levantar mucho la voz.

Ella se volvió hacia mí:

—¿Qué pasa?

—Ya te lo he dicho, vamos. No está bien.



Cuando llegamos a los jardines de Porta Venezia, Giovanna ya estaba allí con los niños. Graziellina estaba tirada en la hierba; parecía muy ocupada intentando deshojar todas las florecillas que cubrían el prado. Tenía cuatro años y ni se dignó a mirarnos. Giacomo estaba todo sudado y, sin embargo, él sí pareció alegrarse de vernos.

—Hola, titas —nos saludó antes de seguir jugando al tamburello con sus amigos.

Giovanna sonrió y dejó por un momento la antología de lengua italiana que leía para preparar el nuevo curso académico:

—¿Cómo está mamá?

—Bien. Dice que mañana lleva ella a los niños a cortarse el pelo, así puedes ir a las reuniones del colegio.

Hacía muchísimo calor y el parque estaba lleno de gente a esa hora. Es cierto que había algún que otro camisa negra y algún grupito de balillas, pero eso era algo normal en 1932 y ni Rosetta ni yo le dábamos importancia. Teníamos un recuerdo muy vago de todo lo que había «antes del fascismo». Algunas frases que Giovanna o mamá dejaban escapar —«desde que está él...», «desde que están ellos...»— no te-

nían ningún sentido para nosotras. «Antes» de él, del *Duce*, no había habido nada.

Llegó Zanetti a pie por el bulevar y después Lucchi, con las mejillas coloradas y jadeando. Dijo que le había tocado ir a misa con su padre también aquel domingo.

—Hoy mi padre me ha obligado incluso a sentarme en primera fila. Para darle una buena impresión al cura —comentó.

Sucedía a menudo que Lucchi llegase tarde a nuestras reuniones y, por lo general, era culpa de su padre. Era un hombre duro, trabajaba como carrocero y tenía un crucifijo colgado en la oficina, al lado del retrato del *Duce*. Le impuso a Lucchi el toque de queda a las siete de la tarde y le prohibió salir por la noche, pese a que tuviese casi veintiún años. Un día fuimos a llamar a su puerta para que viniese a dar una vuelta con nosotras tras la cena, quizás por corso Buenos Aires, o simplemente para quedarnos un rato en el patio al fresco del verano, pero fue inútil. Su padre no le daba permiso, así que, poco a poco, dejamos incluso de preguntárselo.

Mientras tanto, no muy lejos de nosotras, un grupo de chiquillos se puso a jugar al fútbol. Uno, claramente más hábil que los demás, pequeño y rapidísimo, golpeaba la pelota con fuerza y siempre veía portería, hecha con trozos de madera. Hasta que, con un tiro más potente de lo debido, mandó la pelota justo al banco donde estábamos sentadas.

Fue un momento.

Rosetta la recogió, se apartó un poco la falda y la envió de vuelta con un tiro fuerte y preciso.

Zanetti se quedó asombrada:

—No tenía ni idea de que supieras jugar al fútbol.

—Es que yo «no» sé jugar al fútbol.

—Bueno, pues no lo parece. De todas formas, ¿por qué no probamos?

Rosetta soltó una carcajada, yo negué con la cabeza en silencio y Giovanna dijo que a fútbol no, que no era apropiado, sobre todo en un lugar público como los jardines.

—Deberíamos haber ido al Lido —refunfuñó Lucchi. Y luego añadió—: pero no para jugar a fútbol.

Pero Zanetti insistía; decía que ella ya había jugado durante las vacaciones en Castiglioncello. Durante el mes de junio no hizo otra cosa que entrenar con unas chicas romanas. Quedaban cada día tras comer en un campo de fútbol cercano a la playa. «Era muy divertido», nos repetía, y añadía que estaba segura de que nos hubiera encantado.

Para intentar convencernos, sacó de nuevo la carta que ya nos había enseñado: unas pocas líneas que escribió para *La Domenica Sportiva* y que le habían publicado:

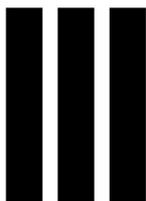
¿Por qué no debería haber un equipo de fútbol femenino en Italia? ¿Y por qué Milán, que tiene el honor de contar con dos equipos como el Milán y el Ambrosiana,<sup>1</sup> no se plantea crear dos equipos con, quizás, aficionadas de estos dos rivales? ¿No sería interesante ver que, incluso en este tipo de deporte, la mujer italiana puede competir y quizás superar a las extranjeras?

No sirvió de nada. No nos movimos de ese banco.

Pero Zanetti volvió a la carga el domingo siguiente. Y esta vez trajo un balón, probablemente se lo había robado a su hermano. Lo había metido en una bolsa de viaje y nada más llegar al parque lo hizo rodar por la hierba. Después puso los brazos en jarra:

—¿Qué? ¿Probamos?

1 Ambrosiana es el anterior nombre del actual Inter de Milán. (*Todas las notas son de la traductora*)



Empezamos a jugar al fútbol más o menos al final del verano de 1932, año x de la era fascista, mientras Italia se deleitaba en eso que más tarde llamaron «los años del consenso». En parte por aburrimiento, en parte por contentar a Zanetti y en parte por hacer algo diferente de lo habitual.

Pero no era nada fácil con esas faldas tan largas que nos obligaban a llevar. Y, encima, no teníamos los zapatos adecuados, no podíamos ir en manga corta y no podíamos alzar mucho la voz para no llamar la atención de los pequeños grupos que pasaban el domingo en los jardines como nosotras. Ni siquiera podíamos correr, al menos no mucho. Debíamos hacer todo con moderación porque, obviamente, éramos mujeres. Y el régimen había dicho en varias ocasiones que así debía ser el fútbol femenino: moderado.

Por otra parte, una palabra de más era suficiente para que la gente se volviese a mirarnos, con emocionarnos un poquito ya bastaba para que alguno se pusiese a silbarnos, y si se nos iba la pelota demasiado cerca de otras personas estas murmuraban quién sabe qué, pero seguro que no eran comentarios agradables.

Una vez llevábamos jugando al fútbol alrededor de media hora y una señora se acercó a Strigaro:

—No está bien que las chicas como vosotras se alboroten de esta manera, ¿sabes? —le susurró al oído—. Encima jugando al fútbol. ¡Somos damas!

Quién sabe, quizás tenía toda la razón a su manera; pobre mujer. Empujaba un cochecito a rebosar de encajes blancos y le costaba seguir el paso de su marido, que la precedía algún metro. Nosotras, sin embargo, teníamos las caras rojas y sudadas, el pelo despeinado, los cercos de sudor bajo las axilas, las camisolas arrugadas y las zapatillas embarradas. Rosetta incluso entró en plancha y se peló la rodilla; la hierba le dejó una marca verde en la pierna.

Ninguna respondió a la señora.

La verdad es que, cuanto más jugábamos, más nos gustaba hacerlo y menos nos importaba el resto. En el fondo, nos decíamos, el *Duce* había anunciado hacía poco que el próximo mundial se iba a celebrar en Italia, así que ¿qué mal hacíamos aventurándonos en este deporte que pronto haría tan grande a nuestro país?